

José Miguel Serrano Delgado
Universidad de Sevilla
delgado@us.es

SINUHÉ: EL VIAJE HACIA LA MUERTE EN EL ANTIGUO EGIPTO

I.-LA CIVILIZACIÓN FARAÓNICA Y EL EXTERIOR

El Egipto Antiguo no fue nunca una sociedad ni una civilización particularmente dadas a los viajes. A diferencia de otros pueblos del Oriente Antiguo, como los Sumerios, Acadios, Asirios o Babilonios, y en marcado contraste con la vocación exploradora y aventurera de fenicios o griegos (por señalar sólo algunos exponentes destacados), los egipcios pusieron en general de manifiesto una franca reticencia y aversión a abandonar su tierra, a buscar nuevos horizontes o simplemente a traspasar sus fronteras.

Una de las razones fundamentales de esta actitud fue sin duda el aislamiento natural del país egipcio. Desde Elefantina hasta el Delta, el Valle del Nilo aparece bien protegido por todos sus lados por formidables barreras naturales: al este y al oeste están los desiertos, Árabe y Líbico respectivamente, al norte el mar Mediterráneo (y un Sinaí durísimo de atravesar, como bien se refleja en el texto del Éxodo). Al sur, la barrera natural que constituía la Primera Catarata, en Elefantina, impone un parón en los intentos de remontar el Nilo; además, más allá se abría la áspera e ingrata tierra de la Baja Nubia, adversa en cuanto a sus condiciones naturales, y hostil por las gentes que la poblaban...

A ello se une la proverbial fertilidad y riqueza natural de Egipto. Si en toda la historia de la Antigüedad hubo una tierra “rica en leche y miel”, por emplear la célebre fórmula bíblica, esa fue la tierra egipcia. El padre Nilo y su infalible crecida anual permitían una agricultura como no podía soñarse otra igual en todo el Mediterráneo. Y por si eso fuera poco, en los campos recién segados, en las sabanas y espacios abiertos que separaban la tierra de cultivo del desierto, engordaban los rebaños de cabras, ovejas, bueyes y vacas, en coexistencia con una riquísima fauna salvaje que incluía mamíferos de talla como los antílopes y una avifauna varia y ubicua. De ahí que los grupos humanos que desde los inicios del Neolítico, allá por el sexto milenio antes de Cristo, fueron poco a poco asentándose y colonizando esta tierra, acabarán conformando una sociedad eminentemente campesina, pacífica y estable, apegada a la tierra y, en definitiva, poco dada o necesitada de aventuras y empresas que supusieran alejarse de su valle. Los egipcios nacieron y crecieron fijados a su país, estáticos en su forma de vida, una forma de vida que les bastaba para satisfacer sus necesidades y conservadores en lo social y lo ideológico.

Las consecuencias históricas de todo esto son bien conocidas. Durante 1.500 años el estado egipcio vivió en una seguridad casi absoluta frente a un mundo exterior en buena medida ignorado. Los contactos eran entonces concretos, puntuales e interesados, y, salvando contados episodios que el recuerdo y la memoria histórica egipcia minimizaron, la independencia y continuidad del estado y de la cultura faraónicas se mantuvo hasta lo que los historiadores han dado en llamar el Segundo Período Intermedio (siglos XVIII a XVI a.C.), momento en el cual, ante el asombro, incredulidad y escándalo de los egipcios, un pueblo extranjero, los mal conocidos Hiksos, se apoderó de la mitad más fértil del país, el norte, y osando apropiarse incluso de las instituciones más sagradas de los egipcios, la realeza y la religión. Aunque Egipto se recuperó de este golpe, y resurgió posteriormente, acaso más fuerte, agresivo y expansivo que nunca, en el Reino Nuevo (Dinastías XVIII-XX), nunca se olvidó ese episodio de oprobio, ni se volvió a disfrutar de la tranquilidad, la certeza de seguridad e inviolabilidad de antes.

En el plano ideológico y religioso, encontramos muchas e indudables huellas de lo que acabamos de decir. Los egipcios entendían que vivían en el mejor de los mundos, que su tierra, Egipto, era la tierra favorita de los dioses. Que cuando el creador se alzó, como el dios solar, sobre la colina primordial para crear el universo y poblarlo de vida, de dioses, hombres, animales y plantas, lo que creó fue Egipto, un mundo ordenado en torno a un gran río, el Nilo. Y por supuesto, la verdadera humanidad, el rebaño de los dioses, era sin duda la población que se asentaba en sus orillas, la gente de Egipto.

Corolario indiscutible de esta recreación cosmogónica fue considerar que todo lo que había más allá de las fronteras egipcias, eran, en realidad, tierras marginales, residuos imperfectos que no alcanzaban a poder compararse con el Valle del Nilo. Y los habitantes de estos países imperfectos, dejados de la mano de dios, respondían bastante bien a lo que nosotros entendemos como modelo antropológico del “Otro inferior”, inculto y bárbaro, que apenas podían entenderse como detentadores de la condición humana.

En esta categoría dudosa encuadraron los egipcios desde los orígenes de su historia a sus más inmediatos vecinos, con los que, de una u otra forma, se vieron obligados a mantener contactos, a comerciar, o a pelear con ellos. Por una parte se encontraban los libios, pobladores de los inmensos desiertos arenosos que se abren al oeste del valle del Nilo. Aunque en cierta medida étnicamente emparentados con los egipcios, y pese a que llegaron a sustentar una sociedad con un determinado grado de desarrollo superior en torno a los importantes oasis situados al occidente de Egipto, siempre fueron considerados extraños que escondían un peligro potencial. Por otro lado estaban los sirios, ambiguo término con el que los egipcios se referían a todo aquél que procedía de más allá del Sinaí, especialmente del corredor palestino, con el que los egipcios mantendrán contactos irregulares desde la Prehistoria y al que inevitablemente volvieron una y otra vez su atención, por cuanto que era la vía que conduce al otro gran valle fluvial de Oriente, y cuna de la civilización urbana, Mesopotamia. Finalmente, por el sur, en torno a Elefantina (Asuán) y más allá, estaban los Nubios. Este fue quizás el frente que desde un momento más temprano fue considerado por los egipcios como digno de atención, e incluso de exploración. En Nubia había enemigos, los nubios fueron buenos guerreros, indómitos, y allí se organizaron los primeros estados rivales con los que hubieron de verse las caras los faraones. Pero también allí estaba el oro, y el

acceso a todas las cosas preciosas del corazón de África, desde el ébano hasta los esclavos, pasando por animales exóticos y el marfil. Por ello durante siglos fue el sur la frontera que más atención recibió, y en ello está la clave de la importancia histórica, económica y cultural del enclave de Elefantina.

II.- EL MOTIVO DEL VIAJE EN LA LITERATURA EGIPCIA:

Pese a todo lo dicho, el motivo del viaje ocupó un lugar importante en el imaginario egipcio, generó importantes obras de arte y literatura, y se convirtió en el tema central de una amplia gama de documentos procedentes del Egipto Faraónico.

En principio, los contactos con el exterior aparecen centrados en la figura del soberano. Será el faraón quien dinamice los contactos y decida superar las fronteras naturales de Egipto, organizando campañas guerreras y expediciones militares que las más de las veces tenían la finalidad de castigar e imponer el temor al rey y a Egipto antes que conquistar nuevos territorios o ampliar los dominios, de por sí universales, del faraón. También el monarca será el inspirador de las primeras empresas diplomáticas que salgan pacíficamente de Egipto, sobre todo en dirección a las ciudades costeras de Fenicia, para recabar productos y bienes de lujo que reclamaban la corte y la nobleza. Estas expediciones comerciales serán quizás el primer escalón que, ya desde el tercer milenio antes de Cristo, permitió a los egipcios comenzar a ensanchar sus horizontes y a hacer necesariamente más complejas la imagen y las relaciones con algunos de sus vecinos. El problema es que los egipcios prestaron relativamente poca atención a estos episodios y quedaron muy mal recogidos en las fuentes y los documentos con que cuenta el historiador para reconstruir el pasado faraónico.

Quizás por eso tenga tanta importancia el generó que ha dado en llamarse las “biografías funerarias”. Está conformado por textos que los egipcios gustaban colocar en sus tumbas, destinados fundamentalmente a ofrecer una imagen ejemplar y modélica del difunto y a suscitar la devoción de quienes acuden a participar en el culto funerario. También, se supone que constituían una especie de “tarjeta de presentación” ante los dioses del más allá, garantizando de alguna forma la superación del trance de la muerte y el acceso a una eternidad bienaventurada. De acuerdo con estos objetivos, los textos biográficos comienzan siendo una especie de relación de buenas cualidades o catálogo de virtudes del muerto, que se añadía a la imprescindible enumeración de los cargos o puestos que desempeñó en vida, y a una exhortación a los vivos que pasen o entren en la tumba para que dirijan una oración a tan ejemplar personaje...

Se trata de un género que hunde sus raíces en los inicios de la historia egipcia, y que al principio se nos presenta escueto en cuanto al estilo y telegráfico en sus contenidos. Pero a partir de un determinado momento (finales del tercer milenio a.C.) estos textos van evolucionando hacia una mayor concreción en los datos y profusión de detalles relativos a acontecimientos y episodios históricos en los que participó el personaje biografiado. De esta forma se hacen más largos, expresivos, y adquieren un nuevo doble valor: por una parte se convierten en documentos de un valor histórico difícilmente sobrevalorables, por cuanto proporcionan una perspectiva muy próxima y personal de algunos de los momentos más importantes de la historia egipcia. Por otro lado, el desarrollo del género culminará en textos narrativos de compleja estructura que

abarcarán desde el nacimiento del individuo hasta su muerte, pasando por las distintas etapas del destino humano, a menudo con una belleza literaria que permite colocarlas entre las obras más escogidas de la literatura egipcia. A través de estos relatos biográficos inmortalizados en estelas, puertas y pilares de tumbas, o escritos en la superficie de estatuas y sarcófagos, nos convertimos en privilegiados testigos de la historia en su más pleno y diverso sentido, asistimos a batallas, divagamos por la corte real, pero también, en no pocas ocasiones, nos informamos acerca de expediciones, viajes y exploraciones, siendo por lo tanto textos muy pertinentes para el tema que nos ocupa.

Además, por si fuera poco, en el género biográfico tienen su origen algunos de los géneros literarios que con más profusión y gusto crearán y consumirán los egipcios. Como por ejemplo el género Didáctico o Sapiencial, y su prolongación, la Literatura Pesimista, derivados de los viejos catálogos de virtudes de las biografías del Reino Antiguo, y que fue quizás una de las categorías literarias favoritas de los egipcios, porque enseñaba, era útil y, aparentemente, divertía, disfrutando mucho con su lectura. También en las biografías funerarias tiene su origen otro de los grandes géneros clásicos faraónicos: los relatos, la narrativa de ficción, novelas y cuentos, o como queramos llamarlos. Se trata de una aportación literaria enormemente original, que apenas tiene parangón en otras culturas del Oriente Antiguo, y hay que esperar a llegar a Grecia y Roma o, mejor aún a la tradición recogida en los relatos árabes del tipo de las Mil y Una Noches, para encontrar paralelos literarios adecuados.

Dentro de la gran narrativa egipcia brillan con luz propia, como un subgénero con rasgos propios, los cuentos de viajes. Quizás podríamos llamarlos mejor “relatos expresivos del destino humano”. Porque en ellos el protagonista se enfrenta a situaciones límite, a verdaderos *tour de force*, que hay que sortear antes de llegar al desenlace, generalmente afortunado y feliz, del que suele extraerse una moraleja de valor, de esperanza y optimismo. Sin duda encontramos aquí algunas de las más bellas piezas salidas de la capacidad creadora de los escritores egipcios. El *Relato de Sinuhé* es, por supuesto, una de ellas, quizás la mejor o más conocida, pero hay otras muchas que merece la pena relacionar, aunque sea solo brevemente.

Así, el texto llamado *Desventuras de Unamón*, situado con gran precisión histórica en los comienzos del llamado Tercer Período Intermedio (siglos XI-IX a.C.), nos ofrece la relación de las azarosas peripecias de un sacerdote del templo de Amón-Re en Tebas, de nombre Unamón, enviado a Palestina para adquirir madera de calidad para la barca sagrada del dios. Nuestro hombre se enfrenta a múltiples adversidades. Robado, abandonado, menospreciado incluso por los príncipes fenicios otrora vasallos de Egipto, logrará sin embargo triunfar en su empresa, en buena medida gracias a la providencial ayuda de una milagrosa efigie del dios Amón que le acompaña en esas tierras donde la autoridad del faraón era en esos momentos cuestionada y donde el respeto a Egipto y los egipcios había decaído considerablemente en comparación a los gloriosos días de las dinastías XVIII y XIX.

El bonito y entretenido cuento conocido bajo el título de *El Príncipe Predestinado* es un auténtico cuento de hadas, que presenta sorprendentes paralelismos con historias universales que seguimos ofreciendo a nuestros hijos, como *La Bella Durmiente*, o *Rapunzel*, *la Cautiva en la Torre*. El protagonista aquí es ni más ni menos que el hijo del rey de Egipto, quien, prometido desde la cuna a un nefasto destino (hadas

madrinas y bruja malvada incluida), vaga en su carro por los reinos de Oriente, donde encontrará, sucesivamente, a la princesa de sus sueños, un trono y, por supuesto su destino. Lástima que el final de la historia no se haya conservado...

El que si ha llegado hasta nosotros completo es *El Cuento del Naufrago*, sin duda uno de los más extraordinarios textos del género, no sólo por ser quizás el más antiguo (hacia el 2000 a.C.), sino también por su calidad literaria y complejidad compositiva. A través de una serie de históricas concéntricas que nos transportan hasta a tres niveles existenciales diferentes (anticipándose así a atrevidas obras de plena actualidad), el relato se centra en el destino de un marinero que pasa por la tormenta, el naufragio y la llegada a una isla maravillosa, llena de todo lo bueno y apetecible. Allí se encontrará con un ser maravilloso, que pese a su terrible apariencia de serpiente gigante, se trata sin duda de una benévola divinidad, que lo acoge amable y pleno de humanidad, lo consuela narrándole su propia historia, en la que no falta el drama y el dolor, y, en fin, le augura y facilita el retorno al hogar, a Egipto, donde feliz y dichoso se reencontrara con la esposa y los hijos, será honrado por el soberano y disfrutará de riquezas y distinciones sin cuento...

III.-LA HISTORIA DE SINUHÉ: EL ARQUETIPO

Pero sin duda el texto estelar de la gran narrativa egipcia de la época Faraónica es el que conocemos como *El Relato (o la Historia) de Sinuhé*. Escrita hace unos 4000 años, hacia la primera mitad de la Dinastía XIIª (siglo XIX a.C.), durante el Reino Medio, el período para algunos más creativo y dorado de la civilización faraónica, se nos presenta aún hoy día como un texto fresco, entretenido y aleccionador.

Los antiguos egipcios la consideraban indudablemente una de sus más acabadas obras literarias, un texto que reflejaba como ninguno sus valores e ideales. En este sentido se nos antoja que la *Historia de Sinuhé* fue para el Egipto Faraónico una especie de “obra nacional”, de una forma parecida a como lo fueron la *Ilíada* y la *Odisea* para la Civilización Greorromana, la *Epopéya de Gilgamesh* para los mesopotámicos, o por acercarnos más a nuestro mundo, la *Chanson de Roland* para la Europa medieval... La cantidad de copias que se han recuperado de este texto, en papiro, en ostraka o en tablillas de madera, así como las menciones recurrentes de que era objeto en las escuelas de escribas y en general en los ambientes cultos y cortesanos, son el perfecto exponente de una popularidad que no admite parangón con ninguna otra obra literaria del legado Faraónico.

Las razones de este éxito y popularidad son múltiples. Por un lado la *Historia de Sinuhé* es un texto de bello y cuidado lenguaje, compuesto con cuidado y esmero. La trama proporciona emoción al lector, lo funde con el protagonista, saludando jubiloso el final feliz que inevitablemente debía llegar. Al igual que la célebre leyenda mitológica de la pasión, muerte y resurrección de Osiris, la favorita de los egipcios, donde las peripecias del dios y de sus divinos familiares, en especial la esposa abnegada, la fiel y valerosa Isis, y el hijo y heredero, Horus que acabará imponiéndose y vengando al padre, tenían un poder de atracción y una fama incomparable, el *Relato de Sinuhé* avivaba los sentimientos humanos básicos del lector egipcio, lo mantenía en vilo, y se encontraba plenamente identificado en él.

Porque –y aquí llegamos a una de las claves- Sinuhé encarnaba el modelo de aquello a lo que todo egipcio (que no fuera un pobre campesino) aspiraba a ser: el perfecto cortesano, el noble fiel y eficiente al servicio del soberano, el buen funcionario, astuto, inteligente y que, sin necesidad de ser particularmente valeroso, afrontaba las soluciones límite que le ponía por delante el destino. Además, detrás de toda la vida, los viajes y las peripecias de Sinuhé emergen dos elementos fundamentales de la visión que los egipcios tienen del mundo: por una parte, el Faraón, referente indiscutible, único señor digno de tal nombre, dueño de la vida terrena y garante de la eternidad venturosa de sus súbditos, dios vivo y buen pastor, juez y amo, patrón y benefactor. El segundo elemento, de igual o mayor importancia, es la devoción a la patria egipcia, al valle del Nilo, la “Tierra Amada”, fuera de la cual, de sus gentes y costumbres, es muy difícil para un egipcio entender que exista la felicidad de una vida plena y la seguridad de la bienaventuranza eterna. El egipcio, como Sinuhé, marcha al extranjero impelido por fuerzas mayores y, sin duda, anhela siempre volver a Egipto, si no para vivir, sí al menos para morir, y compartir el glorioso destino de sus antepasados.

En trono a estos tópicos gira toda la trama del *Relato de Sinuhé*. Veamos, a grandes rasgos los principales hitos argumentales de la historia:

-Tras un breve prólogo que recuerda mucho una biografía funeraria (hasta el punto de que hay aún quien sostiene la historicidad de nuestro personaje), nos encontramos con el auténtico principio de la obra. De una forma casi abrupta se nos informa que se ha producido un magnicidio, que, cosa inaudita para un egipcio, la persona sagrada e inviolable del faraón, ha sido profanada. La muerte del rey, Amenemhat I, es así presentada con unos términos casi mitológicos, pero que sin embargo no acaban de ocultar lo que sabemos por otros documentos contemporáneos: que el soberano murió asesinado, víctima de un complot palaciego en el que habrían estado implicados importantes cortesanos e incluso posiblemente miembros de la propia familia real. El príncipe heredero, Sesostris (el futuro Sesostris I), que se encontraba de campaña contra los libios, es advertido y rápidamente se apresura a la capital para restaurar la situación y asegurar la continuidad dinástica. Sinuhé, de alguna manera, entiende que puede verse –injustamente dice él- implicado en la conjura. Presa de pánico, abandona la capital y huye. La ruta que sigue en su huida hasta atravesar la frontera egipcia esta descrita con profusión de detalles y mención de topónimos, y, sobre todo, con una gran viveza literaria, como en el episodio en que, llegando ya hasta la fortaleza que se alza en la frontera oriental egipcia, nuestro personaje se oculta en unos arbustos y acecha a los centinelas para aprovechar la ocasión propicia de abandonar Egipto. Así llega al Sinaí, pero solo para verse perdido en medio de uno de los desiertos más duros del Oriente Próximo. Sin comida ni agua, solo y abandonado, Sinuhé desfallece, se abandona en el suelo, y creer morir.

-En este punto el relato experimenta un giro inesperado. Sinuhé escucha el mugido del ganado, y se encuentra con un grupo de beduinos, en cuyo campamento es acogido hospitalariamente, le ofrecen alimento y cobijo, lo alimentan y en definitiva le salvan la vida. El jefe de la tribu, el *jeque Amunenshi*, lo recibe con alabanzas y grandes muestras de respeto, e inquiera por la situación en Egipto. Esta pregunta se convierte en una oportunidad para que Sinuhé realice un auténtico encomio del nuevo faraón (Sesostris I) lleno de pasión y fidelidad, algo que uno difícilmente esperaríamos de un exiliado... Amunenshi, impresionado, coloca a Sinuhé al frente de una de sus tribus y a

cargo de un territorio rico y de importancia estratégica, y por si eso fuera poco le da en matrimonio a su propia hija. Los años pasan y Sinuhé prospera en tierras de Palestina y Fenicia. Desde Biblos a Gaza, sus hazañas y correrías acrecientan su fama y respeto. Pero también generan envidia y rivalidad. Así, un buen día, recibe el desafío de otro caudillo sirio-palestino, que lo reta a combate singular, con vida, bienes y súbditos en juego. Este auténtico “combate de jefes” se convierte en un espectáculo que atrae a multitudes al lugar del evento. El rival de Sinuhé es un gigante de envergadura colosal, ante el cual el egipcio parece destinado a ser derrotado y a morir. Pero Sinuhé tiene preparada su estrategia: agota a su rival, evitando el cuerpo a cuerpo, y luego lo mata clavándole una saeta en el cuello. Nuestro héroe le corta la cabeza en medio del delirio de la multitud. Ahora sí que su celebridad no conoce ya límites, y su influencia y prosperidad en Siria, son incomparables.

-Pese a todo, Sinuhé no es feliz. Añora Egipto, su tierra, a su gente, y a su rey. Desea volver, envejecer allí y ser enterrado conforme a las prácticas y rituales egipcios. Y se produce el milagro, Recibe una carta del mismísimo soberano. La carta-decreto de Sesostri I es una de los fragmentos más elocuentes y vívidos de todo el relato. Después de reprocharle su huida, insistiéndole en que nada tenía que temer y que nadie dudaba de su inocencia, le exhorta a regresar. Le recuerda su favor en la corte, especialmente por parte de la reina y los príncipes de la corona, que lo conocen bien puesto que Sinuhé había desempeñado funciones cerca del harén. Y, sobre todo, le advierte lo que le supondría morir en tierra extranjera, entre los asiáticos, y ser enterrado según sus bárbaras costumbres. En un pasaje verdaderamente único, el faraón le describe con detalles un funeral de lujo, que le estará reservado a él si vuelve. Esto es demasiado para Sinuhé. Lo abandona todo, no sin dejar arreglados sus asuntos en Asia, colocando a su hijo mayor al frente de su tribu y sus posesiones, y emprende el regreso a Egipto.

-El tramo final de la *Historia de Sinuhé* es una feliz sucesión de secuencias que suponen la restitución de Sinuhé a su lugar, a su posición social y, en definitiva, lo convierten otra vez en egipcio. Es recibido por el rey en persona, y por la familia real y la corte al completo. Se le despoja de sus hábitos asiáticos y de su aspecto de extranjero. Se le coloca en una mansión regia, posiblemente al servicio de alguno de los príncipes a los que tan bien conocía desde pequeño. Finalmente, se le asigna un terreno, medios materiales y humanos para edificar una tumba adecuada a su rango y al favor del que disfruta ante el faraón. Así, apaciblemente establecido en el lugar que le vio nacer, querido y respetado por todos, Sinuhé espera tranquilo y confiado la muerte...

Las enseñanzas que de este extraordinario texto podemos extraer son múltiples y variadas. Toda la trama desemboca en un final que se nos antoja perfecto reflejo de la actitud egipcia ante la vida y la muerte: el egipcio, especialmente el egipcio acomodado, el noble o cortesano, escriba y funcionario, fiel al estado y a su rey, tras una vida ejemplar de servicio y lealtad, en la que no ha descuidado la preparación de su ajuar funerario, de su tumba y del servicio que debe dejar asegurado para ella, puede esperar sin miedos la muerte, como un tránsito hacia un más allá o, mejor dicho, a una vida eterna en la que se va a prolongar la vida excelente del cortesano y terrateniente. Allí disfrutará de un paraíso que en buen medida no es más que una copia magnificada de las excelencias naturales de la tierra de Egipto. Pese a que hubo voces en Egipto que se alzaron ante esta imagen confiada de certidumbre en el destino del hombre, lo cierto y verdad es que la impresión que en general extraemos de la documentación egipcia se ajusta muy bien a lo que recoge la *Historia de Sinuhé*.

Y, como en este relato, queda claro el papel central, absoluto y solar del Faraón, y no solo como vértice de la pirámide social y centro del poder político. Para los egipcios el soberano es además el auténtico dador y garante de la felicidad eterna a la que todo egipcio aspira. Intermediario entre los hombres y los dioses, divino él mismo, bajo su responsabilidad no queda sólo el bienestar material del pueblo egipcio (él es el garante de la crecida del Nilo), o su seguridad frente a los enemigos. Además de todo esto, es él quien facilita el paso a una feliz inmortalidad, que todo egipcio quiere disfrutar acompañando y sirviendo a su señor tras la muerte, como lo hicieron en la vida. Se trata de un dogma que evolucionará a través de los siglos y etapas de la historia egipcia pero que de una u otra forma nunca dejó de ser aceptado y sustentado. Además, por supuesto, la *Historia de Sinuhé* es un documento de valor histórico de primer orden, pleno de datos y de verosimilitud. Nos informa acerca de acontecimientos y detalles internos de la corte egipcia, y pone de relieve la influencia de Egipto en la franja Sirio-Palestina durante la primera mitad de la Dinastía XII, quizás el primer período en que la autoridad de los faraones llegó a ser reconocida y aceptada en esta región de Asia.

En este sentido no hay que dejar que señalar las evidentes similitudes de este relato con textos y obras literarias de Palestina y Mesopotamia. Particularmente sugestivos son los paralelos con el texto Bíblico, que ya fueron señalados desde la publicación de las primeras traducciones de nuestro texto: la huida y éxodo de Sinuhé evoca inevitablemente la figura de Moisés, expulsado de Egipto, perdido en el desierto, pero también rescatado de la muerte gracias a la hospitalidad de la tribu de Jetró, con cuya hija, Sefora, se casará. Y, por supuesto, el paralelismo entre el duelo singular de Sinuhé con el campeón sirio y el relato bíblico de la lucha de David y Goliat es mucho más que una mera coincidencia...

IV.-CONCLUSIÓN: SINUHÉ Y GILGAMESH

Toda historia que marca el espíritu y la conducta de un pueblo, que ocupa un lugar preeminente en su creación cultural merece ser recordada. Y, desde la perspectiva de quienes, a miles de años de distancia la valoramos, merece ser cuestionada, con el objetivo de saber si aporta algo a escala universal, más allá de la historia, de la distancia del tiempo y del espacio. Sin duda los dos grandes héroes del Oriente Antiguo, antes de que Aquiles o Ulises aparezcan, son Sinuhé, por una parte, y Gilgamesh por otra. Y, sin embargo, aunque ambos sean arquetipos y modelos, tienen marcadas diferencias que, a modo de conclusión, podríamos valorar.

Sinuhé es un hombre francamente apegado a la realidad y, si nos nos permite la expresión, dotado antes que nada de sensatez y pragmatismo. Su (momentánea) desgracia y sus peripecias son el resultado de su debilidad, el miedo y pánico irracional que lo resuelve, de forma francamente primaria, con la huida. Bien es verdad que afronta su situación con ingenio y con indudable valor. Pero no es menos cierto que el único momento plenamente épico de la *Historia de Sinuhé* es el combate con el jefe rival sirio. Fuera de este episodio, la resolución de su destino, su felicidad, el desenlace venturoso que anhela, lo espera, lo reciba y lo recibe del soberano, el rey que compite con nuestro personaje en protagonismo y que, de alguna manera, es el auténtico héroe de la historia. La devoción y confianza en el soberano y en su favor llena de optimismo y de futuro (inmortal) la trama final de la *Historia de Sinuhé*.

En cambio en Gilgamesh nos encontramos un perfil muy diferente. Es un hombre sin medidas, excesivo en todas sus facetas, en su fuerza física, en su valor, en el amor, en la amistad y en el odio. Es un rebelde permanente, incluso frente a los dioses. Está dispuesto a batirse con todos, con el hombre salvaje, con el dragón, con los dioses si es preciso, por lograr lo inalcanzable, la inmortalidad. Abandona todo lo que tiene y marcha literalmente hasta el fin del mundo para hacer realidad sus sueños. El aliento épico, el sentimiento heroico, desborda en la figura de Gilgamesh, incluso en la tragedia que lo acosa una y otra vez, y que nos lo presentan como el más claro precursor de los eternos modelos humanos de la dramaturgia y la épica griega.

La confianza, el abandono y la tranquilidad con que Sinuhé acaba afrontando su destino, el inevitable destino humano de la muerte, contrastan con la angustia, la rebeldía, la desesperanza resignada que finalmente asume Gilgamesh. Podemos disfrutar más o menos de las historias de estos héroes del pasado, podemos compartir en mayor o menor grado sus ideales, sus éxitos o fracasos. Pero al hacerlo nosotros, hombres del siglo XXI, proyectamos nuestras propias esperanzas, miedos, y dudas. Y este es el valor que hace que la *Epopéya de Gilgamesh*, o la *Historia de Sinuhé* sean aún hoy día obras dignas de ser leídas, de un alcance y valor que traspasa las fronteras del espacio y del tiempo, y que mientras la condición humana siga siendo lo que es, permanezcan, de alguna manera, universales.